

TODA la gran copia de recursos alimenticios, que en este número se refleja, se logra merced al hombre. También la mar moldea la raza, exaltando sus condiciones nativas, depurándolas, haciéndolas tensas y eficaces para la gran obra económica que representa el aprovechamiento de las riquezas latentes en la entraña líquida del mundo.

La imagen que ha captado con tan elocuente expresividad, el objetivo de Bellver, refleja en los surcos del rostro, la impronta del sol y de la sal, impresa en duras y continuas jornadas de trabajo pesquero. Encarna la madurez de una raza que hoy levanta caladas, porque ya no hay mundos que descubrir. Hombres vocados a la aventura y al drama, que ponen a prueba diariamente las más altas virtudes viriles, prefiriendo a toda fácil sugestión la tarea primaria de arrancar el pan de la mar, para satisfacer las necesidades del prójimo.

Galicia ha dado sus brazos mejores, a la pesca de la mayor parte de los puertos españoles. No hay en esto solamente una prueba de vitalidad o un anhelo de expansión. Hay un ejemplo que pregona el temple de las generaciones, forjadas en la fragua verdiazul del océano, que se va perpetuando en el tiempo y ensanchando en el espacio, como respondiendo a un destino inmutable.

Como en cada hombre de mar hay un directo forjador de riqueza, el país les debe estimación y reconocimiento. Son las afanosas abejas que colman su despensa con las más codiciadas y asequibles vituallas, arriesgándolo todo en la faena.

Cuando Lisboa levanta en medio de los jardines de su estuario, el monumento A-o Homen do Leme, o Gloucester su estatua de pescador, no es otro sentimiento el que se expresa. Es la gratitud colectiva que otros pueblos, no menos marineros que el luso o el americano, como es el nuestro, no han acertado a plasmar aun en forma perenne.

Ya que en estas páginas se apilan hoy los números, en macizas columnas reveladores del rendimiento de un trabajo digno de ser loado, quede también en ellas este sencillo homenaje al callado esfuerzo del hombre que realiza tan noble y brava función.

Del hombre con la vida vertida sobre la veleidad de la mar, ya le entregue sus barcos—acumulación de esfuerzos al mismo trabajo consagrados—, o ya le entregue su pecho y sus brazos.



Foto Bellver

RAZA MARINERA

En uno y otro late la misma inclinación nativa. Sobre uno y otro, cuando es auténtica la vocación profesional, el medio marino proyecta parecida inquietud. Merced a su obra común, no pocas veces desvirtuada, el país conquistó un patrimonio disputado al resto de las flotas que uran el Océano, y lo va incrementando cada día, convirtiéndolo en base de su subsistencia.

Tengamos ante la gran empresa económica, que encontró su base hu-

mana en la idoneidad marinera de nuestra raza, la actitud comprensiva y ecuanime que la transcendencia social de sus resultados reclama. Pero ha de ser dejando a un lado los tópicos del sentimentalismo trasnochado, acercándonos cordial y sencillamente al ambiente industrial en que la producción pesquera se desenvuelve, para valorar en su justa medida la función de cuantos en ella intervienen, asegurando las bases de su desenvolvimiento futuro.—MAREIRO.